

La banalidad del pecado

El amor o el odio hacen que el juez no conozca la verdad.

Aristóteles



Por SIGFRIDO GARCÍA

Crónica de un desquite

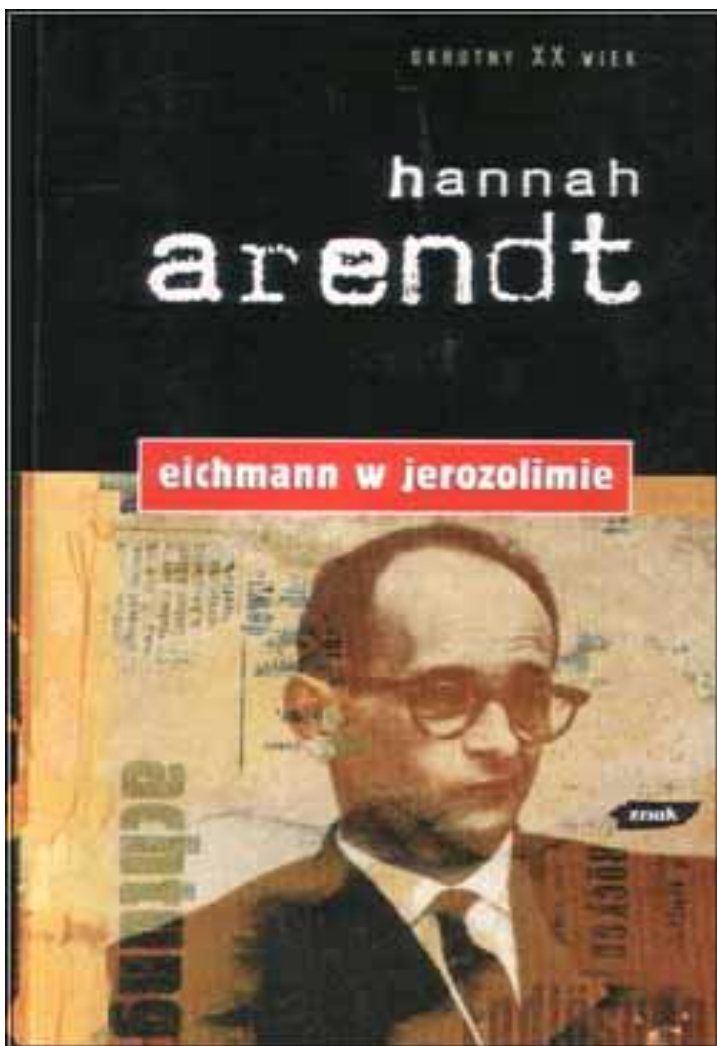
11 de mayo de 1960. Buenos Aires, Argentina. Seis y media de la tarde. Un hombre apacible, maduro, de rasgos caucásicos, hace el trayecto de su trabajo a la

casa como es habitual. Al descender del ómnibus en un barrio de Buenos Aires, tres hombres, sin hacer uso de armas, cuerdas, drogas o esposas, lo conducen a un automóvil y le llevan a una casa en un suburbio de la capital. Ya en el auto, le preguntan lo que ellos saben, y que él, tranqui-

lamente, confirma: *sí, soy Adolf Eichmann y sé que estoy en manos de los israelitas.*

Está al comenzar uno de los juicios más famosos y controversiales del siglo XX, sólo superado antes por el del Tribunal Internacional de Nuremberg para juzgar a un puñado de criminales nazis. Mientras esperan ocho días en la casa secreta por el avión de El-Al que los conducirá a Jerusalén, los agentes especiales mantienen al prisionero atado en una cama, la única queja del cautivo a lo largo del proceso. Al segundo día le piden una declaración en la cual acepta ser juzgado en el país que le culpa de la muerte de más de seis millones de los suyos. Eichmann pide escribir su propia versión: *...tras haberse descubierto mi verdadera identidad, comprendo sin lugar a dudas que es inútil que intente evitar por más tiempo el ser sometido a juicio. Y aquí hago constar mi conformidad con ir a Israel y comparecer ante un tribunal de justicia, un tribunal legalmente constituido ...*

Primavera de 1960. Estados Unidos. Hannah Arendt recibe la noticia de la presencia en Israel de Adolf Eichmann, y la intención expresa de su gobierno de juzgarle allí. Meses atrás, las declaraciones de Ben Gurión no dejaban dudas de la magnitud del suceso por venir: los israelitas seguían la pista del responsable de la *solución final al problema judío* -léase exterminio total de ese pueblo- y que sería juzgado por ellos en esa tierra. La ensayista, filósofa y periodista judía, vivía en Norteamérica tras escapar de la per-





Adolf Eichmann, impulsor de la *Solución Final*, durante una de las sesiones del juicio realizado en Jerusalén, en 1961.

secución y el exterminio en su natal Alemania. Ya era reconocida como la más profunda investigadora del fenómeno totalitario y por la frase que la haría inmortal: *la banalidad del mal*. *New Yorker* la invita a reportar desde el inicio el juicio a Eichmann en su doble condición: hija de ese pueblo y la mejor ensayista de la posguerra.

1961. *Jerusalén, Israel*. Comienza el juicio a Adolf Eichmann. Vivía en Argentina bajo el seudónimo de Ricardo Klement, poseía permiso de trabajo, pasaba por católico, sol-

tero, y con amplias relaciones en la comunidad nazi refugiada, quien sí conocía su verdadera identidad. Aún permanecía en el misterio el por qué la inteligencia israelí había tardado tanto en dar con su paradero, quiénes eran los autores del secuestro, y si los servicios rusos de espionaje fueron los verdaderos artífices del descubrimiento.

El nombre de Adolf Eichmann sonó con insistencia, en 1945 durante el juicio de Nuremberg, en la boca de los jefes nazi-fascistas cuando el tema del exterminio salía

a relucir. La reportera Arendt sabía que se enfrentaba a un dilema. Ser juez y parte: su origen y ser periodista; escribir con la mayor imparcialidad posible sobre una especie de Nuremberg II y, al mismo tiempo, no dejar de ser una pensadora acusadora de los fenómenos sociológicos y políticos totalitarios. Durante el juicio, que rebasaría la circunstancia de la individualidad, se daría este conflicto entre el ser y el hacer en Hanna Arendt.

Febrero y marzo de 1963. Estados Unidos. En las páginas del *New Yorker* empiezan a aparecer los relatos sobre el caso, según Arendt. El libro *Eichmann en Jerusalén*, de donde han sido tomadas estas notas, fue escrito entre el verano y el otoño de 1961. Una gran parte de la comunidad judía norteamericana y de Israel se escandaliza: los textos les parecen traidores a la memoria histórica, al sacrificio de todo su pueblo. Para ellos, Eichmann es el responsable máximo de la *Solución Final*, y no hubiera merecido ni una sola línea en su defensa. La autora tendría, desde entonces, que explicar, corregir y aumentar su obra, porque tras los ataques de sus propios hermanos, comprendió que el fenómeno de la vileza es tan banal en sí mismo que todos podríamos estar abocados, sin distinciones, a repetirlo en tanto decimos estarlo combatiendo.

Eichmann, el personaje

Adolf Eichmann nació el 19 de marzo de 1906 en Solingen, una ciudad próxima al Rin. La madre murió cuando contaba diez años. El padre, contable en una compañía de tranvías y de electricidad, al recibir un alto cargo en la misma empresa se mudó con su familia a Austria. Fue un estudiante mediocre, no pudo concluir el bachillerato; siempre se autocalificó como un estudiante *poco aplicado*. Pero la *suerte* suele encaminar por otros rumbos a tales personalidades. Trabajó con el padre en una pequeña empresa minera como peón hasta al-

canzar la categoría de vendedor y allí conoció a los familiares de su madrastra, judíos, que lo conectaron con el mundo de los negocios de esas comunidades. Esto le serviría en su expediente para decir que jamás había odiado a los judíos al tiempo que se declaraba experto en yiddish y hebreo, e insinuaba el pasmoso engaño de haber nacido en Israel.

En el mes de abril de 1932 ingresó al Partido Nacionalsocialista y en las SS, a propuesta del joven abogado Ernst Kaltenbruner, quien llegaría a ser jefe de la Seguridad del Reich. Los planes del ambicioso Eichmann eran distintos: pertenecer a una asociación masónica de abogados, médicos y comerciantes para cultivar el humor y la diversión. Finalmente aceptó entrar al Partido con la convicción de que nunca llegaría a ser un miembro prominente. De hecho, trabajó en la Sección IV-B-4, una de las seis bajo el mando de Heinrich Muller, subordinado a Kaltenbruner quien, a su vez, respondía a Himmler. Jamás Eichmann ascendería a más de teniente coronel. Al parecer, su carrera se debió a una mezcla de real conocimiento de los enemigos -los judíos- con fantasías bien tejidas por él, al cumplimiento estricto y sin vacilaciones de órdenes superiores; a un *golpe de suerte*: en 8 meses sacó de Austria a 45 000 judíos mientras que de Alemania solo pudieron deportarse 19 000 en 18 meses.

El pecado de la jactancia era un mérito para sus superiores. Antes de la radical solución del exterminio, se apropió de la idea de crear una colonia hebrea en Madagascar, es decir de la *Expulsión*. Y aunque esta fue rechazada por Hitler, quedó en la cabeza de los jefes un Eichmann prometedor. La siguiente propuesta, tampoco original, fue la de la *Concentración* en sitios de Europa.

En 1941 ya estaba a cargo de la mencionada Sección IV-B-4, que se ocupaba de sectas, católicos, protestantes y judíos. Tocaba a Eichmann supervisar los envíos a los campos



Grupo de judíos polacos conducidos por oficiales alemanes al ghetto de Cracovia, como paso previo a su futuro traslado hacia los campos de exterminio masivo.

de concentración, y verificar sobre el terreno el cumplimiento de un futuro y no realizado espacio para ellos. Pero todo parece indicar que el antecesor de Kaltenbruner, Heydrich, muerto en un atentado en plena guerra, trabajaba en la Solución Final, el exterminio desde inicios de la campaña. Eichmann, un funcionario de tercera o cuarta categoría, usó para su defensa el argumento de desconocer al principio los propósitos reales de la Concentración. Lo que no pudo negar fue que una vez recibida la orden de proceder con el exterminio sistemático, bajo su supervisión se incrementaron las deportaciones de manera singular.

Comoquiera que sea, el procesado en Jerusalén, culpable sin dudas, no era ni el mayor ni el único responsable. Tampoco quedaban vivos sus superiores, la mayoría muertos por suicidio y unos pocos juzgados y ejecutados tras el juicio de Nuremberg. Entonces, ¿de qué se trataba el proceso de Jerusalén?

Pecados compartidos

No sería la primera vez que los máximos responsables de un genocidio escaparían al tribunal de la Historia. No iba a ser la última vez que en el banquillo de los

acusados sentaban a un hombre, a todas luces culpable, pero sobre quien caería la frustración de no poder juzgar a los principales líderes. No sería el último juicio en el cual un funcionario gris, mediocre, diría cumplir órdenes superiores y a la vez se jactaba de haberlo hecho con la mayor eficiencia posible.

El libro de Hannah Arendt se hace polémico en la medida que rebasa el juicio de Eichmann, y trata de mezclar el antes y el después del Holocausto, al responsabilizar no sólo a los verdugos alemanes, sino a no pocos líderes judíos que colaboraron con su equipo en la selección de quienes debían salir al exilio y salvar sus vidas -prominentes hombres de negocios, científicos, músicos, escritores-, quienes quedarían en Europa -finalmente, también enviados a los campos-, aquellos insignificantes y *problemáticos*, mandados a la muerte de inmediato.

Al analizar el proceso del verdugo, la ensayista no pudo esquivar la tentación de juzgar la *banalidad* de las víctimas que denunciaron a sus propios hermanos. Dice la Arendt que si los relatos de las cifras de exterminados por países gracias, entre otros, a Eichmann, resultaba impresionante, más lo eran los nombres de judíos colaboradores, únicos ca-

paces de saber bien en sus comunidades cuáles *merecían* salvar la vida y quiénes no.

Y, este, el análisis de la culpabilidad histórica de la víctima, transformada en delator, colaborador o verdugo por diversas razones, es lo que hace a *Eichmann en Jerusalén* un texto excepcional. En cierta medida los errores de procedimiento -el secuestro en Buenos Aires- y el proceso en el *Hogar de todos los Judíos* por un tribunal de los suyos, quedan como un telón de fondo donde la eminente filósofa proyecta un cuestionamiento mayor: *¿Cabe concebir que ni siquiera un judío alemán llegara a preguntarse cuántos individuos, entre los de su clase, hubieran actuado igual que los alemanes, si se hubieran hallado en sus circunstancias?*

Debemos precisar que muchos importantes pensadores judíos de la época, entre ellos Martín Buber, se opusieron a la forma en que tuvo lugar el juicio sin quitar responsabilidad criminal a Adolf Eichmann. Para Arendt, en un caso como aquel, sin antecedentes jurídicos el delito de genocidio o *matanzas administrativas*, era inevitable sacar mucho más que un veredicto de culpabilidad individual; el delito de omisión o cooperación genocida también debería haber recaído sobre ciertos líderes comunitarios hebreos. En su libro cita a un ex internado en Theresienstadt: *En general el pueblo judío se comportó magníficamente; solamente sus jefes fallaron.*

La genial pensadora adelantaba entonces lo que más tarde los sociólogos llamarían Síndrome de Estocolmo Social: cuando las víctimas, ante la imposibilidad de escapar o hacerle frente a una situación, se convierten en verdugos y cómplices, y protegen a quien los tiraniza, y se olvidan de los suyos. Menciona el proceso que se llevaba a un tal Hirsch Birnblat, exjefe de la policía judía en una ciudad polaca durante la ocupación nazi. El hombre dirigía ahora la Ópera de Israel, había sido condenado a cinco años de cárcel y,

finalmente, resultó absuelto por el Tribunal Supremo de Israel.

Eichmann ¿epílogo?

14 de agosto, 1961. Tras 114 sesiones, la vista oral concluyó. El tribunal deliberó 4 meses y el 11 de diciembre dictó sentencia para lo cual se emplearon dos días divididos en cinco sesiones. Los magistrados leyeron las 244 secciones de que constaba el fallo. Eichmann fue condenado a muerte por la totalidad de los delitos, 15, y lo absolvieron de algunos actos concretos, no probados durante la causa. Como era de esperar, su abogado, el doctor Servatius, replicó que su defendido solo había hecho *actos de Estado*, algo que otro individuo en el futuro podría estar obligado a realizar. Argumentó, además, la incompetencia del tribunal hebreo para juzgar a Eichmann, un alemán, en suelo israelita, que refugiado en Argentina, donde los plazos para ese tipo de juicio criminal habían expirado el 7 de mayo de 1960, antes de que el acusado fuera raptado. Eichmann, entonces, hizo su última declaración: El tribunal no lo había comprendido. El jamás odió a los judíos. Su culpa provenía de la obediencia. Era una víctima: *No soy el monstruo en que pretendéis transformarme... soy la víctima de un engaño.*

22 de marzo, 1962. El tribunal de apelaciones, o sea, el Tribunal Supremo de Israel, inició el procedimiento de revisión. Duró una semana. Después deliberaron por 2 meses. El día 29 de mayo se leyó la sentencia: culpable. El presidente de Israel, Itzhak Ben-Zvi, recibió ese mismo día la petición de clemencia de parte del propio Eichmann. Pero también pidieron clemencia la Conferencia Central de Rabís de América, profesores de la Universidad Hebrea de Jerusalén, representantes del Judaísmo Reformado.

31 de mayo. El presidente de Israel niega la petición de clemencia, tan solo dos días después de que el

Tribunal Supremo dictara sentencia. Le informan a Eichmann que el presidente apoya la sentencia del tribunal y que debe prepararse a morir. Es jueves. No podrá haber ejecuciones ni viernes ni sábado por las fiestas de una de las tres grandes religiones que conviven en Tierra Santa, así que el prisionero quizás espera llegar con vida a la próxima semana.

31 de mayo, noche. Al sentenciado Adolf Eichmann le informan que será ejecutado en un par de horas. Le dicen que tiene derecho a una comida, pero la rechaza. Pide una botella de vino tinto. Se bebe la mitad. Se niega a los auxilios de un ministro protestante, porque *no puede perder el tiempo*. Lo sacan de la celda, las manos atadas a la espalda, y camina sus últimas 50 yardas hasta el patíbulo. Allí los guardias le sujetan con cuerdas las piernas a la altura de las rodillas y los tobillos. Pide que se las aflojen un poco. Le ofrecen la capucha negra. *Yo no necesito eso*, contesta.

Relata Hannah Arendt que en ese momento, Adolf Eichmann era dueño de sí mismo, centrado en su verdadera personalidad. Dijo que no era cristiano, que no creía en la vida sobrenatural. Y añadió: *Dentro de muy poco, caballeros, volveremos a encontrarnos. Tal es el destino de todos los hombres. ¡Viva Alemania! ¡Viva la Argentina! ¡Viva Austria! Nunca las olvidaré.* Después, su cuerpo cayó al vacío. Fue cremado, y sus cenizas esparcidas por el Mediterráneo, lejos de Israel.

Concluye Hannah Arendt en su reportaje:

Fue como si en aquellos últimos minutos resumiera la lección que su larga carrera de maldad nos ha enseñado, la lección de la terrible banalidad del mal, ante la que las palabras y el pensamiento se sienten impotentes.

